

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE FILOLOGÍA



GRADO EN
FILOLOGÍA HISPÁNICA

Trabajo de Fin de Grado

La mirada infantil en Miguel Delibes

a través de sus obras *El Camino* y *Las ratas*

Autor: Rocío Hernández Casado

Tutor/a: Dr. /Dra. María Sánchez Pérez

Salamanca. Curso 2017-2018

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE FILOLOGÍA

GRADO EN
FILOLOGÍA HISPÁNICA

Trabajo de Fin de Grado

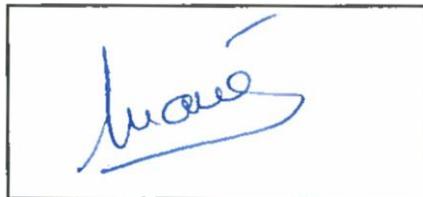
La mirada infantil en Miguel Delibes

a través de sus obras El Camino y Las ratas

Autor: Rocío Hernández Casado

Tutor/a: Dr. /Dra. María Sánchez Pérez

VOBO

A rectangular box containing a handwritten signature in blue ink. The signature appears to be 'Rocío'.

Salamanca. Curso 2017-2018

Índice de contenidos

I.	Introducción	5
II.	Miguel Delibes: el hombre y el escritor	6
III.	<i>El Camino</i> y <i>Las ratas</i> : estudio introductorio	9
IV.	La mirada infantil en Miguel Delibes	13
	A. Infancia – Naturaleza	15
	B. Infancia – Muerte	17
	C. Infancia – Prójimo	18
	Daniel el Mochuelo y el Nini: semejanzas y diferencias	19
V.	Conclusión	25
VI.	Bibliografía	26

*Admiremos al hombre auténtico de veras,
Que sabe organizar su vivir y sus libros,
Muy al tanto de todo, sin inclinarse a nada,
Porque son tan ajenas Al manantial continuo de gran inspiración;
Auténtico vivir cuajado en escritura
Límpida, magistral, y así tan convincente,
Un arte narrativo que recrea
Campo y Ciudad, sus luces y sus ideas,
Profundos los paisajes minuciosos,
Vegetaciones, hombres, animales,
En medio el cazador.*

(Jorge Guillén; cit. por Manuel Alvar, “El mundo novelesco de Miguel Delibes”, Madrid, Editorial Gredos, 1987, p. 115)

I. Introducción

La obra de Delibes es comparable
a la de los grandes moralistas: los
que tienen la pasión del corazón humano
Gustavo Martín Garzo

Entre los grandes autores españoles del siglo XX, Miguel Delibes es, sin duda, un nombre conocido por todos, así como lo son los títulos de muchas de sus obras, convertidas ya en clásicos. La escuela o los primeros años de instituto suponen para muchos un primer encuentro con este escritor, personalmente con su novela *El Camino*, historia que no pierde su encanto la leas cuando la leas.

Acercarse a la obra de Miguel Delibes, supone introducirse de lleno en el universo del escritor como uno más de sus personajes. La aparente sencillez de su narrativa, el lenguaje, la descripción detallada de paisajes y ambientes, la ternura que emana de sus historias y personajes y, sobre todo, la creación de estos últimos, tan llenos de vida, tan reales y humanos como nosotros mismos, consiguen conmover al lector y que este no salga indiferente de su lectura.

De entre el pintoresco y variado repertorio de personajes que aparecen en las obras de Delibes, ocupan un lugar especial los niños, protagonistas de varias de sus novelas. La infancia es, sin lugar a duda, uno de los grandes temas del autor junto a otros recurrentes como la naturaleza o la muerte; temáticas que se van enlazando y conectando entre sí en diferentes narraciones.

En el presente trabajo trataré de acercarme al tema de la infancia en Miguel Delibes, centrándome en dos de sus grandes novelas: *El Camino* (1950) y *Las ratas* (1962). Para ello, comenzaré hablando de su vida y obra, intrínsecamente relacionadas en el autor. Después, señalaré aspectos generales de las novelas *El Camino* y *Las ratas* para, finalmente, adentrarme en la importancia que tiene la mirada infantil en un escritor como Delibes, haciendo un análisis de los principales personajes infantiles de ambas novelas y centrándome en las diferencias y semejanzas de sus protagonistas: Daniel, el Mochuelo y el Nini.

II. Miguel Delibes: el hombre y el escritor

Miguel Delibes Setién nació en Valladolid, el 17 de octubre de 1920 y murió el 12 de marzo de 2010 en la misma ciudad. Educado en el seno de una familia de burgueses liberales y católicos, fue el tercero de ocho hermanos. Muchos veranos de su infancia transcurrieron en un pueblecito de Cantabria, Molledo-Portolín, de donde procedía su padre, y donde el pequeño Delibes aprendió a amar la naturaleza. La Guerra Civil le sorprendió a los quince años, recién terminado el bachillerato. Se alista como voluntario en la Marina y, junto a un grupo de amigos, sirve a bordo del crucero *Canarias*.

Acabada la guerra, Delibes vuelve a Valladolid y pronto empieza a colaborar en las páginas de *El Norte de Castilla*, primero como caricaturista y desde 1944 como redactor. Tras ganar la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio, en 1946 contrae matrimonio con Ángeles de Castro, su «equilibrio», como tantas veces ha repetido el propio Delibes. El 6 de enero de 1948 constituye un hito importante en la vida del escritor: en la redacción del periódico supo Delibes que su novela *La sombra del ciprés es alargada* había conseguido el cuarto premio Nadal. Escribe su segunda novela, *Aún es de día*, pero es a partir de *El camino* (1950), obra que constituye su consagración definitiva en la narrativa española de la posguerra. A partir de este momento y sin apenas darse tregua Miguel Delibes ha escrito incansablemente, al ritmo de casi una obra por año, entre ellas: *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953), *La partida* (1954), *Diario de un cazador* (1955), *Un novelista descubre América* (1956), *Siestas con viento sur* (1957), *Diario de un emigrante* (1958) o *La hoja roja* (1959). En 1962, Delibes publicó *Las ratas*, uno de sus grandes libros, con el que ganó el Premio de la Crítica.

El reconocimiento público a su labor se ha materializado en multitud de premios y homenajes, los estudios sobre su obra se han multiplicado con los años, sus lectores le siguen siendo fieles, sus libros de todo tipo han sido traducidos a numerosos idiomas y varios de ellos se han llevado al teatro y al cine. (Medina-Bocos, 2012a).

Vida y obra están intrínsecamente relacionadas en el autor castellano. Hombre fiel a sus ideas, su gente y su tierra, siempre trató de plasmar en su literatura los problemas que le perturbaban. Su gran acierto, como muchos críticos y él mismo han señalado, son, sin duda, sus personajes. Personajes que tienen mucho de autobiográfico, según ha confesado el propio Delibes en numerosas ocasiones:

El novelista auténtico tiene dentro de sí no un personaje, sino cientos de personajes. De aquí que lo primero que el novelista debe observar es su interior. En este sentido, toda novela, todo protagonista de novela lleva dentro de sí mucho de la vida del autor. Vivir es un constante determinarse entre diversas alternativas. Mas, ante las cuartillas vírgenes, el novelista debe tener la imaginación suficiente para recluir y rehacer su vida conforme otro itinerario, que anteriormente desdeñó. Por aquí concluiremos que, por encima de la potencia imaginativa y el don de la observación, debe contar el novelista con la *facultad de desdoblamiento*: no soy así, pero pude ser así. (Sotelo Vázquez, 2012).

Conocida es también su escueta definición sobre los elementos imprescindibles para que haya novela: «un hombre, un paisaje y una pasión» (Medina-Bocos, 2012a). Y esto puede verse a lo largo de su amplio catálogo de novelas.

El tema de la naturaleza y la defensa de esta, así como la de los valores que lleva consigo, son algo constante en su vida y obra. Lo vemos en su literatura a través de la crítica al progreso en la obra *El Camino* y más claro aún a través de *El sentido del progreso desde mi obra*, Discurso de ingreso en la Real Academia Española (Delibes, 1975).

Sin embargo, hay que entender que la postura de Delibes no es contra el progreso en general, sino contra un modelo elegido que ensalza el consumo y relega la naturaleza y lo humano, dejándola en un segundo plano, olvidada. Por lo tanto, frente a una visión idealizada del campo y la naturaleza, también está la crítica a las muchas carencias que tiene el mundo rural y el despoblamiento al que se ven abocados los pueblos si no se plantean soluciones.

El autor no abandonará el compromiso ético y social en ninguna de sus obras y es clara la denuncia que intentó plasmar en su novela *Las ratas* tras ser censurado por sus publicaciones en el periódico:

La censura de prensa, más cernida y dura que la literaria, me prohibió en 1961 una campaña en favor del campo castellano, sumido en el desamparo y la pobreza. Un día, caminando por tierras segovianas, sorprendí a un hombre que cazaba ratas en un arroyo para vendérselas a sus convecinos para su sustento. Este hombre me pareció un símbolo de la Castilla de entonces y lo erigí en el protagonista de mi novela -que escribí para resarcirme de la campaña de prensa que no pude hacer- colocando a su lado a un niño sabio y generoso, el Nini, que bien pudiera representar el espíritu de Castilla, rico y esperanzado, en dramático contraste con su miseria material (Medina-Bocos, 2012a).

La muerte, tema recurrente en sus novelas, se hacía presente en su vida cuando falleció su mujer Ángeles, lo que significó un antes y un después para el escritor. Ya había sentido Delibes desde niño, una gran curiosidad hacia este tema. El miedo a la muerte de un ser querido, así como la familiaridad con esta a través de la guerra han sido claves en su desarrollo como persona y como escritor, ya que es un tema sobre el cual el autor reflexiona e indaga a lo largo de su trayectoria literaria.

Tercero de ocho hermanos, luego padre de siete hijos y numerosos nietos, Miguel Delibes siempre se ha encontrado rodeados de niños, lo que explica también la gran aparición de personajes infantiles en sus obras. Ya sea desde sus propios recuerdos infantiles, como el reflejo posterior de sus propios hijos en *El príncipe destronado*.

Lo que está claro es que literatura y vida resultan indisociables en Miguel Delibes. Vemos un hombre que escribe como vive, con lealtad y sencillez, sin necesidad de grandes ornamentos para crear sus historias.

En la presentación al libro *Miguel Delibes. Nuevas Lecturas Críticas de su obra*, María Pilar Celma Valero y María José Rodríguez Sánchez de León apuntan lo siguiente:

Delibes se implica personalmente en lo que escribe: «Debemos escribir como somos. Entre el hombre que vive y el escritor que escribe no debe abrirse un abismo».

La crítica ha reconocido unánimemente su acierto y originalidad en la invención de historias; el fiel reflejo de los paisajes y los paisanos de Castilla; la perfecta adecuación entre técnica y materia novelesca; su personalísimo estilo [...] Pero lo que ha hecho a Delibes un escritor universal y atemporal, más allá de sus logros estéticos, es el fondo ético y social que subyace en toda su obra (Celma Valero y Rodríguez Sánchez, 2013: 10)

Escritor sumamente arraigado a su tierra, son los valores humanos de su obra los que han hecho de él un escritor universal: “He buscado en el campo y en los hombres que lo pueblan la esencia de lo humano” (Celma Valero y Rodríguez Sánchez de León, 2013: 11).

III. *El Camino y Las ratas: estudio introductorio*

En ambas novelas asistimos a la historia de unos niños arraigados en la Castilla rural, historias que Delibes plasma a través de un narrador en tercera persona. En el caso de *Las ratas*, vemos un narrador omnisciente que muestra el punto de vista, pensamientos y sentimientos de cada uno de los personajes de la novela, hasta tal punto que, en ocasiones, este narrador parece un vecino más del pueblo. El narrador nos va mostrando a cada uno de los personajes que habitan el pueblo y él mismo se introduce en ese universo, sintiéndose un habitante más del lugar.

En *El Camino* la voz narrativa aparece igualmente en tercera persona, sin embargo, tenemos la sensación de que es la voz de Daniel, el Mochuelo la que nos está conduciendo continuamente. Tal como señala Amparo Medina-Bocos en *Claves para leer a Miguel Delibes*, este narrador no sólo sabe poner las voces de sus personajes, sino además focalizar la narración desde la conciencia y la mirada del protagonista:

El recurso empleado por Delibes para contar la historia de Daniel consiste en hacer hablar a un narrador omnisciente que narra en tercera persona, pero que presenta lo narrado desde la perspectiva del niño. Y su habilidad como novelista no es otra que la de hacernos creer que todo ha sido recordado por Daniel y que, de alguna forma, le hemos seguido en sus pensamientos. Las expresiones más o menos coloquiales que salpican el discurso narrativo (del tipo «bien mirado, al fin y al cabo, sin ir más lejos, la verdad») dan a éste un cierto sabor conversacional que parece adecuarse a la mentalidad infantil. Sin embargo, el discurso «culto» del narrador es constante a lo largo de la novela, aunque su presencia pasa muchas veces desapercibida para el lector, inmerso como cree estar en la mente evocadora del protagonista (Medina-Bocos Amparo, 2012b)

En las dos historias, los protagonistas indiscutibles son los dos niños: El Nini, por un lado, y Daniel, el Mochuelo por el otro. A pesar de esto, Delibes no utiliza la primera persona en ninguno de los dos casos, siendo en *El Camino* perfectamente admisible por el desarrollo de la obra. Gustavo Martín Garzo en «Miguel Delibes y los niños» señala:

En realidad, la novela parece que la habría pedido (la primera persona narrativa), esto es, que necesitaría que fuera Daniel el que narrara sus recuerdos infantiles, en un formidable discurso interior. Pero Delibes ha tomado la otra opción para poder introducir esta otra

dimensión social del crecimiento que no es ya el particular de la persona, sino social, y en cierto modo histórico-social (Martín Garzo, 2013:85).

Y, aunque en tercera persona, el tratamiento narrativo es diferente en ambas novelas. Esta distinción en un narrador como Miguel Delibes no es para nada casual, ya que como él mismo afirmaba, cada novela requiere de una técnica y un estilo diferente: “No puede narrarse de la misma manera –anotaba en *Un año de mi vida*– el problema de un pueblo en la agonía (*Las ratas*), que el problema de un hombre acosado por la estulticia y la mediocridad (*Cinco horas con Mario*) (Medina-Bocos, 2012b).

En cuanto al transcurso temporal, la historia de *El Camino* no se presenta de forma lineal, sino a través de una analepsis que permite a Daniel recordar en una sola noche todas las vivencias y anécdotas de su pueblo. De esta forma nosotros asistimos como lectores a todo el crecimiento y evolución del personaje. La narración comienza con Daniel, el Mochuelo reflexionando en la cama y sin poder dormir acerca de su última noche en su querido pueblo:

Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desapaciblemente. Que el recordare, era ésta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en que pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría el rápido ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades (Delibes, 2003: 8).

Finaliza la historia al cabo de esa misma noche, con Daniel en su cama viendo los primeros rayos de sol y la conmovedora despedida final de la Uca-Uca. Esta vuelta al pasado permite que los acontecimientos que se narran no sigan un orden puramente cronológico, sino que se van sucediendo libremente según los recuerda el niño.

En cambio, esto no sucede en *Las ratas*, donde la historia es básicamente lineal, a excepción de algunos recuerdos que vuelven atrás en el tiempo. Además, la cronología está continuamente señalada a través de las estaciones, las faenas del campo y la mención a los santos. Son numerosas las alusiones al santoral acompañadas de un refrán, especialmente relativo al campo y sus labores –algo muy frecuente en las zonas rurales–. Estas constantes referencias temporales hacen que el lector continuamente se sitúe en un periodo temporal preciso a medida que avanza la novela.

La acción de *Las ratas* comienza en el «otoño avanzado», últimos días de octubre, cuando la siembra está ya concluida, y finaliza con una imprevisible helada «por San Medardo» (8 de junio) y una tormenta, casi un mes después, que destruye en pocas horas el trabajo de todo un año. La cronología interna del relato corresponde, pues, a un ciclo agrícola completo. Un ciclo a cuyo discurrir asiste el lector, que lo vive desde los afanes de unos labradores obligados a mirar al cielo constantemente (Medina-Bocos, 2012a).

Por otro lado, la estructura de esta obra es circular, la situación de los personajes es la misma tanto al principio como al final, no se ha producido ningún tipo de cambio, todo termina como empieza. Mientras que, en *El Camino*, a través de la rememoración del protagonista, asistimos a toda su evolución desde que es un niño pequeño hasta el momento final de su partida.

Atendiendo al espacio, ambos relatos se sitúan en pueblos de la España rural. El campo, la naturaleza y el ruralismo son claves en las dos historias. Hombre profundamente defensor del campo y lo rural, amante de la caza y los animales, Delibes sitúa a los personajes de estas dos novelas en espacios rurales, espacios dominados por todo el encanto que supone la naturaleza, pero al mismo tiempo impregnados de la gran dureza y dificultad que supone el trabajo en el campo. En *El Camino* la acción se sitúa en un pueblo, concretamente se trataría de la población cántabra de Molledo, pequeña aldea paterna en el que el escritor acostumbraba a veranear durante su niñez. El lugar aparece perfectamente dibujado a través de sus calles, sus paisajes, el río, el comercio de las Guindillas, la taberna, etc. En el relato nostálgico del protagonista, este espacio representa todo lo bueno, frente a la ciudad que supone la base del «progreso» pero que a Daniel no le interesa lo más mínimo. Delibes pretende hacer una crítica a ese «progreso» que supone el abandono de una cultura rural para sumergirse en las grandes ciudades donde el individuo pierde su verdadera identidad siendo absorbido por la alienación y el consumo. De igual modo, el autor pretende plasmar la migración masiva del campo a la ciudad y la despoblación de las zonas rurales como consecuencia.

Frente a esta visión positiva y nostálgica de lo rural, *Las ratas* plasma toda la dureza a la que se ven sometidos los habitantes de un pueblo, sujetos a los infortunios climáticos, pero, sobre todo las dificultades y tragedias que deben soportar. En una novela de clara denuncia social, Delibes pretende llamar la atención sobre la nefasta situación del campo

y de sus gentes: estructuras injustas, recursos insuficientes, escasa cultura y educación, etc. Sin embargo, esto no lo dice directamente, sino que queda sugerido a través de las anécdotas e historias de sus personajes. Su intención la deja patente Delibes en la Nota del autor a la edición de las *Obras Completas*:

Bien puedo decir que mi novela «Las ratas» me la puso en bandeja la censura del periódico. La campaña de «El Norte» sobre el abandono de Castilla terminó de mala manera: de un portazo ministerial. [...] Los cortes, que eran diarios en películas y periódicos, a causa de su fácil difusión, eran menos frecuentes en los ensayos y novelas [...] Escribir una novela de un pueblo de Castilla ahogado por sus necesidades. El libro venía a ser así la culminación de nuestras denuncias, remataría nuestra campaña dignamente (Delibes 2010: 7).

En *Las ratas*, por lo tanto, el paisaje y la naturaleza se alzan con un protagonismo todavía mayor que en la novela anterior, la naturaleza como una fuerza ajena al hombre, al que condiciona y somete si este no cuenta con los recursos y ayudas necesarias. Como consecuencia de ello, la miseria de unas gentes humildes y abandonadas a su suerte, hasta el punto de tener que cazar ratas para su sustento. Además, la escasa acción de la obra sucede al aire libre, son muy escasos los espacios cerrados –la taberna del Malvino, la sierra del Antoliano, la cocina de la señora Clo... –. De hecho, el Nini y el tío Ratero son una pieza más en medio de la naturaleza: viven en medio de ella, en una cueva en lo alto desde donde se divisa el resto del pueblo.

Se vuelve, como en *El Camino*, a ofrecer la historia de un pueblo, pero como dice López Martínez: Se ha pasado de la visión tierna y casi poética de la vida de un pueblecito de Montaña a la visión real y sombría de un pueblo castellano sometido a una existencia dura y misérrima. Por eso el realismo, rasgo estilístico en Delibes, llega a ser en esta obra casi trágico (Alcalá Arévalo, 1991:241).

Como vemos, el espacio está íntimamente relacionado con la temática de las obras y la idea que el autor quiere plasmar, un trasfondo ético que Miguel Delibes siempre mantiene presente.

Siguiendo esta línea, Delibes decide utilizar un tono distinto en cada narración. En *El Camino* vemos un estilo mucho más delicado y tierno, en cambio, en *Las ratas*, el tono

se ha vuelto más crudo y sórdido en consonancia con la historia que se pretende contar y el mensaje que quiere plasmarse.

IV. *La mirada infantil en Miguel Delibes*

Si alguno quiere ser el primero,
que sea el último de todos y el
servidor de todos. Y tomando un
niño lo puso en medio de ellos...

MARCOS, 9, 35-38

Es muy frecuente la presencia de personajes infantiles en las obras de Delibes. La infancia constituye un gran tema dentro de la obra del autor y la lista de niños que aparecen en sus obras es extensa.

Los niños son quienes mantienen más viva la inocencia, quienes son capaces de percibir las cosas que están ante nosotros de una forma más bella y pura, desde lo que supone la óptica y mirada infantil. Delibes quiere mantener viva esa mirada, la importancia de percibir el mundo como si fuéramos niños, de vivir en armonía con la naturaleza y los animales. Además, es necesario pararse y observar, saber apreciar esos pequeños momentos que pasan delante nuestro y eso es precisamente lo que logra la mirada infantil. Es quizá lo que muchos críticos han bautizado como momentos epifánicos y que Gustavo Martín Garzo explica de la siguiente manera:

Es verdad que nos muestra un mundo definido y concreto, pero sólo para llevarnos a un instante de apertura, de revelación de otra verdad. James Joyce llamo epifanías a estos instantes de encantamiento. Y la obra de Delibes está salpicada de ellos [...] Me he referido a varios de ellos, utilizando la metáfora de ese camino que nos permite reencontrarnos con los otros hombres, sino también con el mundo natural. Eso es una epifanía: una pequeña explosión de realidad que hace del texto el lugar de la restitución. Y Delibes, como quería Joyce, sólo escribe para dar cuenta de esos instantes en que «la realidad de vuelve de pronto expresiva» (Martín Garzo, 2013: 79).

Tal como mantiene Martín Garzo en «Miguel Delibes y los niños»: «Todos los grandes personajes de Delibes tienen una mirada así, un modo de mirar las cosas atento, concienzudo e insaciable» (Martín Garzo, 2013: 70).

Una mirada que no todos son capaces de encontrar y que se pierde a medida que nos vamos haciendo adultos. Ante la pregunta de por qué Delibes elige a menudo protagonistas infantiles, quizá sea porque quiere destacar en la visión infantil esa «curiosidad» que luego inevitablemente pierde el adulto. Una mirada más apta para captar las cosas como realmente son y no como los prejuicios posteriores nos hacen ver.

En la presentación de la antología *Mi mundo y el mundo* escribía el autor:

Una vez me preguntaron por qué había tantos niños protagonistas en mis novelas. Mi respuesta fue sencilla. Para mí, el niño -dije- es un ser que encierra toda la gracia del mundo y tiene abiertas todas las posibilidades, es decir, puede serlo todo, mientras el hombre es un niño que ha perdido la gracia y ha reducido a una -el oficio que desempeña- sus posibilidades. Con esta respuesta quería dar a entender que para mí el niño, precisamente por la carga de misterio que arrastra, tiene mayor interés humano que el adulto (Medina-Bocos, 2012b).

Esta mirada infantil la descubrimos tanto en *El Camino* como en *Las ratas*, donde la figura del niño se ensalza por encima de todo el inventario de personajes que aparecen en ambas historias. En la primera, encontramos el grupo formado por los tres amigos: Daniel, el Mochuelo; Roque, el Moñigo y Germán, el Tiñoso y, por otro lado, aparece también la Mariuca-uca. En cambio, en *Las ratas*, El Nini es la mirada que sostiene toda la historia, el niño suele aparecer solitario o con la única compañía de la perra, pero nunca con otros niños.

Aparecen, además, en la obra delibeana otros temas unidos a la infancia. Temas recurrentes como son la muerte, la naturaleza y el prójimo, que conformarían como el propio Delibes ha señalado, los cuatro temas sobre los que gira toda su obra. Elementos de su obra que, lejos de presentarse independientes, aparecen de forma simultánea.

En 1966 escribía Delibes: «Hay una serie de motivos o ambientes que se reiteran en mi producción: muerte, infancia, naturaleza y prójimo». Un par de años después precisaba esta afirmación al señalar: «En ellos se centra mi preocupación -muerte, prójimo- o mi vocación: naturaleza, infancia» («Prólogo» a *Obra Completa II*, 8; «Prólogo» a *Obra Completa III*, 7). Tales son, en efecto, los cuatro temas en torno a los cuales gira toda su

obra y ecos de todos ellos pueden hallarse ya desde las primeras novelas. (Medina-Bocos, 2012).

Como ya he señalado anteriormente, el miedo a la muerte fue una constante en la infancia del propio Delibes y esto se ve reflejado en su literatura, así como su preferencia por los ambientes rurales y la unión del individuo con la naturaleza. La conexión infancia-naturaleza por un lado e infancia-muerte por otro, la presenciamos en varias obras, entre ellas en *El Camino* y *Las ratas*.

A. Infancia – Naturaleza

La naturaleza es el escenario principal de muchas obras de Delibes y en medio de ella sus personajes: los niños. Son estos quienes saben vivir en perfecta comunión y armonía con lo natural y su entorno, en especial, con los animales. Vemos en El Nini un saber y conocimiento natural sobre el medio que le rodea y a él acuden los adultos para preguntarle qué tiempo hará, si será bueno sembrar en tal o cual fecha... A través de su mirada sencilla y pura, el niño es capaz de vivir en consonancia con el medio que le rodea. Mantienen esta especie de «don» niños como Daniel, el Nini, hombres sencillos o incluso «bobos» como el entrañable Azarías de *Los santos inocentes* –semejante a un niño–, son seres que conservan un resto de inocencia, un segmento aún activo de esa naturaleza adánica.

Actitud y mirada que no todos consiguen experimentar como la Columba en *Las ratas*, que solo piensa en marcharse porque no soporta la monotonía del pueblo:

Para la Columba, el pueblo era un desierto y la arribada de las abubillas, las golondrinas y los vencejos no alteraba para nada su punto de vista. Tampoco lo alteraban la llegada de las codornices, los rabilargos, los abejarucos, o las torcaces volando en nutridos bandos a dos mil metros de altura. Ni lo alteraban el chasquido frenético del chotacabras, el monótono y penetrante concierto de los grillos en los sembrados, ni el seco ladrido del mochuelo (Delibes, 2010: 120).

Algo que el Nini es incapaz de comprender, porque él sabe percibir y apreciar las cosas de su alrededor observando los pequeños detalles:

Aprendió el niño, junto al abuelo Román, a intuir la vida en torno. En el pueblo, las gentes maldecían de la soledad, y ante los nublados, la sequía o la helada negra, blasfemaban y decían: «No se puede vivir en este desierto». El Nini, el chiquillo, sabía ahora que el pueblo no era un desierto y que en cada obrada de sembrado o de baldío alentaban un centenar de seres vivos. Le bastaba agacharse y observar para descubrirlos. Unas huellas, unos cortes, unos excrementos, una pluma en el suelo le sugerían, sin más, la presencia de los sisones, las comadreja, el erizo o el alcaraván. (Delibes, 2010: 36-37).

Lo mismo le ocurre a aquellos que están anclados en la idea de «progreso» y un futuro prometedor en la ciudad como el padre de Daniel en *El Camino*, mientras él no muestra ningún interés en «progresar», sino que siente que, al marcharse del valle, dejará tras sí parte de él mismo:

Sintió entonces que la vitalidad del valle le penetraba desordenada e íntegra y que él entregaba la suya al valle en un vehemente deseo de fusión, de compenetración íntima y total. [...] Daniel, el Mochuelo, comprendía que dos cosas no deben separarse nunca cuando han logrado hacerse la una al modo y medida de la otra. [...] A Daniel, el Mochuelo, le dolía esta despedida como nunca sospechara. Él no tenía la culpa de ser un sentimental. Ni de que el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa (Delibes, 2003: 214).

Esta conexión con el campo y la naturaleza se ve reforzada a través de los animales. El Nini con su perra, la Fa y posteriormente el cachorro, con una sabiduría animal en todos los sentidos, ya sea para la caza o para protegerlos. Siente un gran respeto hacia ellos y esto lo vemos cuando protege a dos crías de águila a las que el Furtivo está intentando capturar. Además, asistimos a la escena de gran ternura entre el niño y el zorrillo al que el Nini cuida y lleva a su cueva. La unión entre los niños y los animales queda reflejada sobre todo a través de los pájaros, de los que Delibes muestra su gran conocimiento. Esta unión la vemos, como no, en el Nini y también en Germán, el Tiñoso.

En la obra de Delibes son frecuentes los personajes que tienen esa rara capacidad de relacionarse con los pájaros. La tiene el Tiñoso, en *El Camino*, y el Nini, en *Las ratas*, y, en cierta forma, ese mismo instinto lo tienen los personajes de sus libros cinegéticos, que también, a su manera, conocen la lengua de los pájaros y saben que su misión es convocar su volátil presencia, como la del escritor es convocar la palabra (Martín Garzo, 2013: 77).

Siguiendo la idea de Isabela María de Abreu en «Dos personajes infantiles: Nini, de Miguel Delibes, y Zeca da Curva, de Aníbal Machado», el Nini es el personaje de Delibes que mejor aúna dos de las constantes de la obra delibeana citadas anteriormente: la niñez y la naturaleza. Lo que la autora ejemplifica con las palabras de Edgar Pauk, en *Miguel Delibes: desarrollo de un escritor*:

los temas de la naturaleza y de la niñez son, en realidad, el mismo tema en Delibes. En la niñez el hombre está muy cerca de la naturaleza, más en contacto con sus instintos naturales. Su retorno a la naturaleza de adulto es un esfuerzo para encontrar de nuevo la armonía perdida que existió una vez en sí mismo y en su relación con la naturaleza (De Abreu, 2013: 155).

B. Infancia – Muerte

Encontramos, además, en la obra del escritor castellano la presencia de la muerte alrededor de la infancia. Ya sea desde la muerte de niños como es el caso de Germán, hasta la muerte de otros personajes como la Guindilla, la mujer de Quino, el manco o el suicidio de Josefina. Pero es la muerte de Germán, el Tiñoso la más destacable y la que más sentimos, una muerte fortuita, que llega sin más, pero que está ahí presente y contra la que no podemos hacer nada.

Delibes muestra constantemente en sus obras este miedo a la muerte, él mismo señalaba: “Tengo la impresión desde chico de que estaba amenazado por la muerte. No de la mía, sino de la muerte de quienes dependía” (*El País*, 2010).

La novela relata cómo Daniel descubre la vecindad entre la vida y la muerte, primero cuando supo lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto y luego cuando sufre la triste pérdida de su amigo Germán, el Tiñoso:

Algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia. Advirtió que todos acabarían muriendo, los viejos y los niños. Él nunca se paró a pensarlo y al hacerlo ahora, una sensación punzante y angustiosa lo asfixiaba. Vivir de esta manera era algo brillante, y a la vez, terriblemente tétrico y desolado. Vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente. (Delibes, 2003: 200).

Por otro lado, en *Las ratas* asistimos a la vertiente más violenta y trágica de la muerte cuando el tío Ratero mata con sus propias manos al chico del pueblo de al lado

porque le roba las ratas. La muerte del zorrillo, aunque se trate de un animal y no de una persona, resulta dolorosa para el Nini e igualmente se traslada al lector. El Nini es un chico al que no le gusta la violencia, intenta que la pelea entre el Ratero y el chico del pueblo de al lado finalice y, en más de una ocasión, cuando el Ratero le pregunta si ha visto a este cazando ratas, el Nini lo encubre y miente para evitar una desgracia como la que irremediablemente después ocurre. Del mismo modo actúa cuando protege a las crías de buitre que el Furtivo intenta cazar:

El Nini ama la naturaleza y por eso la respeta, le repugna la muerte en todas sus manifestaciones y sólo concibe muertes a las ratas, su sustento, y a los cuervos y las urracas que le traen recuerdos fúnebres. De ahí su antipatía por el Furtivo que no respeta las épocas de veda e incluso es capaz de matar al zorrillo que con tanto amor había cuidado el niño. (Medina-Bocos, 2012).

A pesar de esto, es un niño acostumbrado a la dureza y la crueldad que la naturaleza también lleva consigo y no se sorprende ni queda traumatizado cuando el Ratero mata al muchacho y también al perro de este sin ninguna piedad. La situación de extrema miseria a la que se ve sometido el pueblo trae consigo consecuencias tan trágicas como la muerte, muerte por defender lo «propio», el Ratero asesina al muchacho porque «Las ratas son tuyas» y no acepta competición en ese terreno, son su único sustento y lo lleva hasta el extremo. El Nini no comparte estas conductas, pero asume que se trata de una cara más de la vida.

La muerte irrumpe en su medio a la manera de un pedrisco o un nublado, y solo cabe someterse a su ley. También en esto se expresa el sentimiento de continuidad con el mundo. La muerte del hombre no es distinta de la de los animales. [...] Los personajes de Delibes ven la vida como lucha, como pérdida constante. (Martín Garzo, 2013, 71).

C. Infancia – Prójimo

Por último, me referiré brevemente al tema del prójimo en relación con los niños de estas obras. El propio Delibes aclaraba que con este término se refiere a lo que se conoce como preocupación o inquietud social. Vemos en *Las ratas* una clara denuncia

social como ya he señalado anteriormente, crítica tampoco ausente en *El Camino*, sobre la necesidad de elegir libremente el propio camino frente a lo establecido o lo que se considera conveniente.

La defensa del campo y de un modo de vida que se va perdiendo poco a poco, hace que Delibes nos invite a reflexionar sobre el hecho de hacia donde va encaminado el «progreso», el desarrollo o el individualismo presentes en las sociedades urbanas. Frente a quienes lo acusaban de situar la virtud en el campo y el pecado en la ciudad, ciertos juicios que lo calificaban como un continuador del menosprecio de corte y alabanza de aldea, Delibes se defiende sosteniendo que esa propensión a lo rural se debe, más que a un reconocimiento de sus virtudes, a un sentimiento de piedad por su situación, lejos, por lo tanto, de cualquier tópico. En el tomo II de sus *Obras Completas* escribía el propio Delibes estas palabras:

Tal vez mi propensión a lo rural y la instintiva ternura en que acostumbro a envolver estos ambientes y sus pobladores puedan disculpar esta interpretación. Más tal afición y tal ternura pueden significar, antes que un reconocimiento a las virtudes del campo, un movimiento de piedad ante su abandono. Es decir, el campo, lo rural, está lleno de vicios, pero el campesino no es responsable de ello, en cambio, el vicio urbano es un vicio más consciente; un vicio no fraguado, salvo en ciertos estamentos, por la sordidez y la incultura, sino por el tedio y el refinamiento (Alvar, 1987: 14).

Poniendo el enfoque en el ser humano y su relación con los demás, Delibes también nos muestra la profunda soledad en la que se ven sometidos personajes como el Ratero o el Nini, el niño no tiene madre y el Ratero apenas lo trata como un hijo, de hecho, apenas hablan, cuestión que también se intenta reflejar en la novela: la incomunicación entre estos personajes; vemos cómo el Nini se comunica mejor con los animales que con su propio padre. Este carácter aislado y un tanto marginal también lo vemos en personas de *El Camino*, como Germán, el Tiñoso que se comunica con los pájaros.

Daniel, el Mochuelo y el Nini: semejanzas y diferencias

Lo primero que advertimos en estos dos personajes es que se trata de dos niños rurales, frente a otros personajes infantiles de Delibes que se sitúan en la ciudad. Es esta

la principal relación entre el Nini y el Mochuelo, el medio en el que están situados, su amor por la Naturaleza y el campo.

Otro punto de conexión entre los dos niños es su edad: Daniel tiene once años y el Nini entre diez y doce. Además, los dos vuelven en ocasiones a su pasado más infantil y lo recuerdan. Esto ocurre a lo largo de toda la obra con Daniel, que realiza todo un viaje por su infancia en el valle con sus amigos y con todo lo que ha ido aprendiendo, hasta llegar a los once años que suponen un punto decisivo porque es cuando debe marchar a la ciudad. En el Nini las referencias a sus años pasados son menores, pero también hay alguna alusión, en especial a todo lo que aprendió con sus abuelos cuando era crío.

Por otro lado, el nombre también resulta característico. Es muy frecuente el uso de mote en Miguel Delibes para retratar a sus personajes y así ocurre con los niños. Encontramos en *El Camino* a los tres amigos mencionados a través de su nombre de pila más un sobrenombre: Daniel, el Mochuelo; Germán, el Tiñoso y Roque, el Moñigo, que hacen referencia a alguna de sus peculiaridades. Daniel recibe ese mote porque al llegar a la escuela dicen que lo mira todo como si le asustase, que parece un mochuelo. En cuanto al nombre de pila, es algo que su padre tiene pensado desde antes que Daniel naciera, se trata de un nombre bíblico –evocaciones bíblicas que vamos a ver mucho más marcadas en el Nini– el nombre de un profeta que había conseguido vencer a diez leones con su mirada porque, según el queso, tenía en los ojos el poder de Dios. A pesar de este deseo de su padre, el mote de «El mochuelo» se impone sobre el niño y así lo llaman y conocen todos.

Frente a él, el Nini aparece solamente llamado así. No posee un mote característico, ni un nombre elaborado, sino que su nombre consta de dos sílabas idénticas, algo simple y sin mucho significado. Vemos también cómo el nombre va precedido del artículo, un uso muy común en las zonas rurales y que Delibes utiliza al igual que lo hace con otras marcas de lenguaje popular, el cual es capaz de reflejar perfectamente en sus obras. Esta simplicidad en la nomenclatura es algo que se repite en la obra, el niño llama a la perra, la Fa porque dice que así al Ratero no le cuesta trabajo decirlo, ya que se cansa con facilidad si habla mucho de seguido.

En cuanto a las alusiones bíblicas o religiosas, son numerosos en *Las ratas* los momentos en que se alaba el saber casi sobrenatural del Nini y su gran sabiduría, algo

sorprendente para los vecinos que lo ensalzan como una especie de semidios. Son frecuentes a lo largo de la novela frases de los vecinos como: «Digo, que el Nini ese todo lo sabe. Parece Dios» dicha por el Pruden, o esta otra de la Sabina: «¡Qué condenado crío! Cada vez que le veo así me recuerda a Jesús entre los doctores».

La estupefacción ante la sabiduría del Nini hará, en algún punto, que se confiera a este saber un carácter también de origen divino, ya que «la señora Clo la del Estanco, atribuía al Nini la ciencia infusa». Y que ésta la entiende, rectamente, como un don gratuito de la Divinidad, se manifiesta en la oposición Dios/Diablo que aparece implícita en las afirmaciones de doña Resu de que «la sabiduría del Nini no podía provenir más que del diablo puesto que si el hijo de primos es tonto mayor razón habría para que lo fuera el hijo de hermanos» (Palomo, 2004-2005).

Especialmente significativa es la cita religiosa con la que Delibes abre la novela y que sitúa al niño –en este caso, al Nini– como modelo, de modo que alcanza una dimensión simbólica. La cita: «Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño lo puso en medio de ellos...» (Marcos, 9, 35-38) se refiere a un pasaje del Evangelio en que los discípulos discuten sobre quién de ellos es el más importante y Jesús contesta con esa frase, eligiendo al niño como modelo y símbolo de la inocencia y la pureza frente al egoísmo de los adultos. De igual forma, Delibes erige a la figura infantil del Nini en *Las ratas* como símbolo de la inocencia más pura y de la esperanza frente al desaliento y miseria en que está sumido el pueblo. El niño se convierte en una fuente de esperanza a la que acuden todos los vecinos, M.^a del Pilar Palomo en su artículo «Las ratas, entre testimonio y símbolo» comenta en relación con lo anterior:

Este insinuado paralelismo confiere al Nini una categoría, muy diluida en el texto, pero que estimo evidente, de niño-dios. Ello explica la fe ante sus palabras de, esperanza en los momentos de tribulación. Por ejemplo, el niño *interpreta* la señal de que el humo de la chimenea no asciende, sino que reptaba por el suelo, como inequívoco síntoma de lluvia, tradición oral del refranero le confirma —«El humo al suelo, agua en el cielo»— y anuncia «mañana lloverá». Pero para el Pruden y para el pueblo no es esta señal interpretada la buena nueva, sino que lo son las propias palabras del Nini, al que parecen conferir un don profético:

—¡Va a llover! ¡El Nini lo dijo! ¡Va a llover!

Y los hombres interrumpían sus tareas y sonreían íntimamente y las mujeres se asomaban a los ventanucos y murmuraban: 'Que su boca sea un ángel' y los niños y los perros, contagiados, corrían alborozadamente tras el Pruden y todos gritaban a voz en cuello: '¡Va a llover! ¡Mañana lloverá! ¡El Nini lo dijo!' (Palomo, 2004-2005).

Vemos que el Nini es un niño profundamente solitario y que nunca aparece en compañía de otros niños, a diferencia del protagonista de *El Camino*, que se muestra al lado de sus dos fieles amigos y el tierno personaje infantil de la Uca-Uca. Podemos decir que, en este sentido, Daniel, el Mochuelo conserva más fielmente los rasgos típicos de un niño de su edad que el Nini, quien muchas veces tiende a relacionarse más bien con los adultos. Este hecho lo podemos ver en su relación de amistad con el Centenario, de quien se dice que otros niños solo se acercan a él para reírse, mientras que el Nini lo hace con toda la intención de charlar y aprender disfrutando de su compañía.

El Nini es un producto de las leyes biológicas, no reguladas socialmente. Hijo de hermanos, personaje solitario, que se relaciona con los adultos y no con los niños de su edad, tiene como única compañera a su perra -cuando doña Resu le pregunta por qué anda siempre tan solo, él responde: «No ando solo, doña Resu. (Ando) con la perra» - y su ocupación consiste en recorrer el pueblo y sus alrededores, avisando a sus vecinos de los signos que observa en la naturaleza (la presencia de una nube, lo que presagia la dirección del viento, la actividad de las hormigas voladoras...). [...] Sólo en una ocasión, cuando, dolido por el bofetón que le propina la Columba, decide echar un bidón de gasolina en el pozo del alcalde, el Nini se comporta como un niño de su edad. En los demás casos, su actitud es la de un niño precozmente adulto, grave, sentencioso, acostumbrado a la adversidad (Medina-Bocos, 2012a).

A pesar de esto, creo que es el continuo interés por aprender y descubrir lo que lleva al Nini a relacionarse con los adultos, además de la necesidad por sobrevivir a través de los trabajos que realiza para ellos. Sabe qué es lo que tiene que hacer en cada momento cuando los adultos lo necesitan y él se comporta como tal, sin embargo, no pierde la mirada sencilla y pura de la inocencia infantil en cada uno de sus actos.

Isabela María de Abreu en «Dos personajes infantiles: Nini, de Miguel Delibes, y Zeca da Curva, de Aníbal Machado» escribe:

Impulsado a atenuar la maltratada existencia de aquellas criaturas en medio de un ambiente inhóspito, Delibes le regala al personaje del tío Ratero la compañía de Nini, y le confiere a ese niño un aura poética y una presencia enternecedora, capaz de trascender el cuadro de miseria y sacrificio de sus vidas. (De Abreu, 2013: 154).

El ruralismo que une a los protagonistas se desarrolla asimismo en su espíritu observador, su curiosidad y su amor por la tierra. Ambos se sienten profundamente arraigados a su pueblo y a su campo, a sus animales, a sus olores y a su gente sencilla. De igual modo, vemos cómo ninguno de los dos siente interés en «progresar». Esta idea es la base fundamental de *El Camino*, pero también aparece en *Las ratas* cuando doña Resu intenta convencer al Nini para que vaya a la escuela, preguntándole qué es la longanimidad y diciéndole que si va a la escuela podrá convertirse en un gran señor, hasta que el niño confiesa sin rodeos su escaso interés por llegar a convertirse en un señor, o por tener un coche como el del Poderoso. El propio Delibes explica así sus intenciones:

Con el Nini intenté, por un lado, un contrapunto de la vida tremenda del medio rural castellano. Le di una elevación espiritual por encima del resto de sus convecinos. Por otro lado, trato de simbolizar con él las dificultades que encuentra en un pueblo un ser inteligente para realizarse. Por último, el Nini es una especie de conciencia social. Algunos me han llamado reaccionario porque este niño se niega a salir de su medio; como el niño de *El camino* se niega a estudiar, a marchar del pueblo. Yo lo que pretendo es decir que hay personas con vocación de ruralismo y no hay por qué oponerse a ello. Otra cosa es que, dada la situación actual, no sean aconsejables estos medios. Hay gente que se ve forzada a emigrar cuando les gusta la vida del pueblo. ¿Qué se les ofrece a cambio? Lo que habría que conseguir, por lo que hay que luchar, es para que las condiciones de vida en el campo no sean míseras, sino humanas, que para disfrutar de un desarrollo cultural y un bienestar material no sea preciso marchar del campo. (Medina-Bocos, 2012a).

Una vez vistas varias de sus semejanzas y algunas de sus diferencias, la principal distinción que veo entre los dos niños es su destino final. Mientras Daniel se ve obligado a acatar la decisión de su padre y marchar a la ciudad a progresar, alejándose así de su querido valle y sintiendo que está tomando un camino equivocado. En cambio, el Nini se alza como único y verdadero dueño de su camino, en medio de su naturaleza y sus animales, ganándose la vida y aprendiendo cada día un poco más de lo que le rodea. En esa soledad que envuelve al protagonista de *Las ratas*, vemos finalmente un personaje

mucho más independiente, dueño de sí mismo, fiel a su naturaleza, a gusto consigo mismo, que se ríe viendo rebozar a los conejos, en definitiva, feliz a su manera.

El Mochuelo, por el contrario, es un ser ligado a los anhelos de su padre y, en contra de su voluntad, debe abandonar el pueblo:

Y cuando empezó a vestirse le invadió una sensación muy vívida y clara de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado. Y lloró, al fin. (Delibes, 2003: 220).

De acuerdo con esto, José María Pozuelo Yvancos en Estratos de significación en *El Camino*, de Miguel Delibes:

Delibes se pregunta, y hace que nos preguntemos según la obra va avanzando: ¿no significa eso que llamamos progreso un camino que hemos elegido con dolor, o al que nos ha forzado la marcha de nuestra civilización, una cosa diferente y contradictoria, respecto a la que Dios nos había trazado al situarnos en ese otro lugar de la Naturaleza? (Pozuelo Yvancos, 2013: 85).

Y así mismo aclara el propio autor cuál es el mensaje que nos quiere transmitir con el personaje de el Mochuelo:

Estos niños que corretean y hacen travesuras a lo largo de las páginas de mis libros pueden ser niños burgueses o de *gente bien*, o niños olvidados, pobres y desatendidos, pero hay uno, el Mochuelo, en la [...] novela *El camino*, que no es ni lo uno ni lo otro, que viene a resumir el sentido de mi obra ante el progreso y, en consecuencia, uno de los pilares en que aquélla se asienta: la defensa de la naturaleza (CVC, Obra, El camino).

Podemos entender este paso de Daniel, como un adelanto hacia la pérdida de esa inocencia, de esa mirada infantil que el Nini aún mantendrá, un paso a la edad adulta, al crecimiento. En su crítica al progreso como un mundo cada vez más separado de la naturaleza, Delibes sitúa a los niños como los que mejor saben unirse a ella y mantener viva esa unión. Esto será algo que probablemente pierda el Mochuelo y, en cambio, mantenga el Nini. Como consecuencia de esta pérdida, Daniel ve en la Uca-Uca y sus pecas un símbolo de fidelidad a la propia personalidad y así, en un alarde de valentía, le confiesa y le pide a la niña que no deje que se las quiten.

Las pecas de la Mariuca-uca son su belleza, son naturales, pero hay el proyecto de ir a la ciudad a que se las quiten... Y por eso pude Daniel al final de la obra que no se las quite, que ella quede, al menos, conservándose suya, fiel a sí misma, sin ese forzado *camino de progreso*, que es aquel al que la obra está dedicada (Pozuelo Yvancos, 2013: 85).

Desde esta perspectiva, es curioso, cómo una novela mucho más dura y triste en su tono como *Las ratas*, parece presentar un final más optimista que *El Camino*, y esto es, sin duda, gracias a la figura del Nini: emblema de lealtad y fidelidad a sí mismo y a sus valores, y símbolo de esperanza y luz en medio de la oscuridad.

V. Conclusión

A lo largo de este trabajo se ha tratado de ver la trascendencia y sentido que Miguel Delibes aporta a la mirada infantil en dos de sus obras: *El Camino* y *Las ratas*.

Asimismo, se ha profundizado en los personajes infantiles a través de su relación con la naturaleza, la muerte y el prójimo, para acabar entendiendo el sentido y significado que los niños tienen en la obra de Delibes. A través del análisis de los dos protagonistas, vemos que Daniel, el Mochuelo y el Nini comparten muchos rasgos y actitudes, pero, al mismo tiempo, se alejan en el sentido final de cada novela. Observamos cómo, a pesar del tono que envuelve a *Las ratas*, esta se convierte en una novela más positiva y optimista gracias a la figura de el Nini, que se alza como símbolo de esperanza y fidelidad a sus raíces. Frente a este desenlace esperanzador, con un tono más idealizado y tierno, *El Camino*, nos deja un final más pesimista y triste por el sometimiento de Daniel a un «progreso» en la ciudad.

Autor arraigado a su tierra, fiel a ella y sus valores, son estos los que han hecho que Miguel Delibes se convierta en un escritor universal que nunca abandona el compromiso ético y social y en quien vida y literatura van de la mano.

VI. Bibliografía

ALCALÁ ARÉVALO, Purificación: *Sobre recursos estilísticos en la narrativa de Miguel Delibes*. [Extremadura]: Universidad de Extremadura, 1991.

ALVAR, Manuel: *El mundo novelesco de Miguel Delibes*. Madrid, Editorial Gredos, 1987.

CELMA VALERO, María Pilar y RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José: «Presentación», en *Miguel Delibes. Nuevas lecturas críticas de su obra*. M.^a Pilar Celma Valero y María José Rodríguez Sánchez de León, coords., Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, pp. 9-11.

Centro Virtual Cervantes. Miguel Delibes. Obra. El Camino.
https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/delibes/obra/obra_02.htm

DE ABREU, Isabela María: «Dos personajes infantiles: Nini, de Miguel Delibes, y Zeca da Curva, de Aníbal Machado», en VV.AA. *Miguel Delibes. Nuevas lecturas críticas de su obra*. M.^a Pilar Celma Valero y María José Rodríguez Sánchez de León, coords., Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, pp. 153-160.

DELIBES, Miguel: El sentido del progreso desde mi obra, 1975. Discurso de ingreso en la Real Academia Española.
http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_de_ingreso_Miguel_Delibes.pdf

DELIBES, Miguel: *El Camino*. Barcelona, Destino, 2003.

DELIBES, Miguel: *Las ratas*. Barcelona, Austral, 2010.

EL PAÍS, Entrevista a Miguel Delibes. Madrid, 12 de marzo de 2010
https://elpais.com/cultura/2010/03/12/actualidad/1268348407_850215.html

MARTÍN GARZO, Gustavo: «Miguel Delibes y los niños», en VV.AA. *Miguel Delibes. Nuevas lecturas críticas de su obra*. M.^a Pilar Celma Valero y María José Rodríguez Sánchez de León, coords., Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, pp. 67-80.

MEDINA-BOCOS, Amparo: *Claves para leer a Miguel Delibes*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012b.
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/claves-para-leer-a-miguel-delibes/html/aa3378dc-a102-11e1-b1fb-00163ebf5e63_3.html#I_0

MEDINA-BOCOS, Amparo: *Estudio introductorio a «Las ratas»*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012a.

http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/estudio-introductorio-a-las-ratas/html/fc906424-c0eb-11e1-b1fb-00163ebf5e63_8.html#I_0

PALOMO, María del Pilar: «Las ratas, entre testimonio y símbolo» *Espéculo: Revista de Estudios Literarios* 28 (2004-2005). Disponible en:

<https://webs.ucm.es/info/especulo/delibes/ratas.html>

POZUELO YVANCOS, José María: «Estratos de significación en *El Camino* de Miguel Delibes» en VV.AA. *Miguel Delibes. Nuevas lecturas críticas de su obra*. M.^a Pilar Celma Valero y María José Rodríguez Sánchez de León, coords., Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, pp. 81-87).

SOTELO VÁZQUEZ, Marisa: *Miguel Delibes: «Mis personajes iban redondeando su vida a costa de la mía»* Universitat de Barcelona, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.

http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/miguel-delibes-mis-personajes-iban-redondeando-su-vida-a-costa-de-la-mia/html/eac8b764-c0eb-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html#I_0

DECLARACIÓN JURADA

Yo, Rocío Hernández Casado, con DNI 70922115M, DECLARO que he sido la única persona que ha realizado el presente trabajo íntegramente y que ninguno de los materiales que se adjuntan ha sido escrito o elaborado por otra persona, excepto las citas o el material identificado como perteneciente a otro.

Hago esta declaración jurada sabiendo y comprendiendo que, de comprobarse su falsedad, la calificación será negativa.

Fdo. Rocío Hernández Casado

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Rocío Hernández Casado', with a horizontal line underneath.

En Salamanca, 3 de julio, 2018